

## **PERSONAJES y EVENTOS del ANTIGUO TESTAMENTO**

EXE-101

Centro de Estudios Hispanos - Seminario Concordia

Lección 1

### **ADÁN y EVA: SUS HIJOS CAÍN, ABEL y SET CREACIÓN, CAÍDA y PROMESA**

#### **Primera Parte**

Creación, Adán, caída y promesa

Mi nombre es Adán. Voy a contarles la historia de mi vida. Soy la primera criatura que recibe la atención en los primeros capítulos de la Biblia en el libro de Génesis. Actualmente, muchos estudiosos de la Biblia discuten sobre muchas cosas alrededor de mi persona. Por ejemplo, hablan del significado y la interpretación de mi nombre: Adán, el cual, por cierto, significa “hombre” o “ser humano.” Dicen algunos que es posible también interpretar mi nombre como “humanidad.” Además debo decirles que se discute mucho sobre si realmente existí como persona o si soy simplemente una fábula o mito.

Se especula mucho sobre los años y la época en que viví. Algunos estudiosos estiman que viví hace millones de años, otros discuten que no es posible que se calcule en centenas de miles de años mi paso por la vida. La verdad es que nadie sabe con exactitud los años en que viví. Tampoco es posible medir cuándo viví en el tiempo cronológico usando los parámetros modernos.

También se llega a veces a nombrar lugares geográficos exóticos en donde supuestamente afirman los estudiosos que Dios probablemente me colocó por primera vez en este planeta. Después se enfrascan en copiosas sugerencias tratando de localizar el lugar donde pasé la mayor parte de mi vida. La verdad es que nadie puede estar cierto sobre estas cosas. Debido a estas circunstancias no han faltado personas que meramente estimen que yo soy una fantasía, un cuento de hadas. Dejaré que los estudiosos digan lo que quieran sobre mí. Sé que en última instancia su juicio es inútil e indeterminante.

Quiero decirles que otros libros de la Biblia no parecen referirse a mí como un personaje ficticio o mitológico. Ella no parece implicar dudas de mi verdadera existencia. San Pablo en el Nuevo Testamento, como escribió un autor, “parece interpretar la historia de la creación [y mía] en un sentido literal.” La Biblia afirma que Dios me creó. Ya admití que ella no menciona nada del tiempo cronológico exacto y el preciso lugar en que Dios me creó. Ante lo que parece un velo de misterio, tengo que afirmar que a la Biblia no le interesa presentar testigos oculares. Lo que le importa es asentar que Dios fue el creador de *los cielos y la tierra* (1.1) desde *el principio*. En efecto, la Biblia no deja lugar a dudas que Dios me creó.

Aquí quiero abrir un paréntesis para tratar de llamar su atención a lo que implica el importantísimo verbo “crear” en las primeras páginas de la Biblia. Deben tener presente que estas páginas contienen la historia de lo que se ha dado en llamar “la creación.” Estas primeras

palabras de la Biblia quieren dejar bien claro que la acción de “crear” es una acción que sólo Dios desempeña. Dios es el único que crea, que forma, que coloca y llena *los cielos y la tierra* con cosas que él hace o crea. Ninguna otra cosa, ni ninguna otra persona, es capaz de crear en el mismo nivel que Dios lo hace.

Estrictamente hablando, Dios es el único ser capaz de ejercer la acción de crear. Esto quiere decir que cuando hoy se dice que las personas “crean,” o ejecutan cierta “creatividad,” en realidad se transmite la idea que únicamente transforman o cambian lo que sólo Dios anteriormente ya ha creado. Un escultor, por ejemplo, “crea” una obra de arte en base a lo que ya Dios realmente ha creado. Al artista o al inventor de algo sólo se le ocurre modificar en alguna forma lo que Dios creó. Para decirlo sencillamente, todo artista o inventor usa la materia prima que Dios creó. Es imposible para el artista o inventor crear sin materia prima.

Así pues, se debe notar que el verbo “crear” en las primeras páginas de la Biblia intencionalmente se le atribuye sólo a Dios. Para la Biblia, él es el único que verdaderamente ha creado *los cielos y la tierra* y todo lo que hay contenido en ellos. Aquí cierro el paréntesis y continuo con mi discurso.

Pues bien, les decía que la Biblia además cuenta que Dios realizó toda su creación en un período de “siete días,” y especifica que en *el séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día...* (2.2). Esto quiere decir que es muy probable que en el sexto día de la creación yo fui creado (1.31). Para el final del sexto día, tengo que recordarles, Dios ya había creado y ordenado todas las cosas. Tómese en cuenta que ya había astros, animales, vegetación, agua, todo. Sin embargo, parece que le faltaba la “pincelada culminante” de su gran obra creadora. Como producto de su insuperable e indiscifrable genialidad, él mismo me formó usando como materia prima la tierra de este planeta. Dios tomó polvo, y del barro que produjo, me moldeó conforme a su sabio y perfecto diseño. Y me modeló a su propia imagen y semejanza con el objeto de mantener una relación que no se igualaría con otras criaturas de la tierra. Sería una relación muy especial entre nosotros. Una vez que hubo terminado de moldearme, Dios hizo una acción destacada. Sopló directamente en mi nariz; su aliento me concedió la vida (2.7). Empecé a respirar y a moverme, a tener vida en aquel mismo instante. Inmediatamente Dios me dio instrucciones. Empecé a ejecutar y disfrutar el trabajo y el plan para el cual él me creó. Rápidamente comencé también a vivir plenamente en esa relación especial con mi creador.

Repito: Dios tuvo un propósito muy especial para mi diseño y creación. Ese propósito, entre otras cosas, consistió en que yo sirviera como el mayordomo, como la criatura principal que desempeñaría el papel de administrador y encargado en jefe de todas las demás cosas creadas por él. Esto implicaba que yo me reconocería como una criatura más de Dios, y que por consecuencia que él era mi único creador.

A fin de cumplir con mi cometido, Dios me autorizó a ejercer dominio entre *los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra* (Génesis 1.26). Ese poder especial que Dios me proporcionó es un indicio que mi papel de mayordomo principal sobre todas las cosas creadas sería muy destacado.

Me apliqué a mi labor feliz y concienzudamente, disfrutando de mi relación especial con mi creador. Mi labor me resultó entretenida. Y era feliz porque el mismo Dios me la había trazado.

Él me habilitó instruyéndome y capacitándome para desempeñar mi tarea fielmente y con facilidad, pues Dios me concedió todos los talentos necesarios para realizar mi trabajo conforme a su plan. En toda esta tarea habría de pasar mi tiempo y así prestaría un servicio a mi creador. Me encantaba servir sin distracciones, servir plenamente a Dios. Debo decir que él me dio otras cosas, y asimismo me dio otras instrucciones que serían para mi beneficio y realización personal. Por ejemplo, Dios me instruyó sobre lo que debería comer. Claramente me comunicó: *[te] he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como todo árbol en el que hay fruto y da semilla. Y luego concluyó: de todo esto [podrás] comer (1.29).* Así fue cómo Dios me sostuvo en lo que todo mi cuerpo necesitaba para mantenerme vivo y cuidarme.

También trajo delante de mí a todo animal que había creado y me dio autoridad sobre ellos, y el darles a cada uno un nombre específico (2.19). Yo disfrutaba de mi servicio a Dios. Para darme una gratificación por la soledad en que me encontraba, Dios me dio una sorpresa verdaderamente fenomenal. Un día me hizo dormir para tomar una de mis costillas. Con ella modeló a mi compañera que sería, de acuerdo al plan del creador, una *ayuda idónea* (2.18, 20). Esto quiere decir, una colaboradora que sería la criatura más adecuada para mí, la más perfecta de las compañías, un complemento mío. Tal fue mi sorpresa al despertar de aquel sueño que recuerdo haber reaccionado clamando: “*¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!*” (2.23). Y dí a aquella criatura el nombre de mujer.

Debo decirles algo en cuanto a este nombre del cual, lamentablemente, no se alcanza a captar todo el significado en la lengua castellana. En el idioma hebreo, que a propósito, fue el idioma original en que fueron escritos la mayoría de los libros del Antiguo Testamento de la Biblia, el nombre “mujer” se asemeja al mío, Adán-hombre. Lo curioso es que una de las ideas que se resaltan más en hebreo consiste en que el hombre y la mujer son dos criaturas tan iguales o similares que se complementan el uno al otro. Los dos, mujer y hombre, se necesitan para —por decirlo figurativamente— “equilibrar la ecuación.”

Con la creación de la mujer, Dios estaba instituyendo el matrimonio entre mí como hombre, y entre mi compañera, a quien posteriormente llamé Eva (3.20). La institución divina del matrimonio no sólo fue una gratificación temporal para mí o para Eva, sino que Dios se serviría del matrimonio para continuar con su sabio plan, y nosotros como criaturas suyas seguiríamos desempeñando el papel de mayordomos de toda su creación. Nos ordenó: “*Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla*” (1.28).

Quiero llamar su atención a la relación especial que manteníamos Eva y yo con Dios en esa etapa de nuestras vidas. Disfrutábamos de la vida y del trabajo que Dios nos había dado. Además, entre Eva y yo no existía ningún tipo de malicia mientras que estuvimos en perfecta armonía con nuestro creador, al punto que la desnudez o la diferencia natural de nuestros cuerpos no nos causaba ningún tipo de vergüenza (2.25). Todo era como Dios lo había planeado. Nuestros cuerpos “desnudos” no necesitaban ningún tipo de cobertura. Ni siquiera teníamos conciencia o idea de nuestra desnudez porque Dios nos había creado así. Era nuestra conciencia parecida a la manera como hoy día vemos a las parejas entre los animales. Ellos no saben que sus cuerpos están “desnudos,” ni se apresuran a esconder sus diferencias físicas, sino que sus cuerpos son complementarios el uno con el otro.

Pero al hablar de este tema me doy cuenta que ya he introducido un estado distinto en mí, una etapa diferente a aquella original en la que estuve en perfecta armonía con mi creador. Hoy me doy cuenta que hubo un gran cambio en mí. Me encuentro en un estado en el cual ya he perdido aquella *imagen y semejanza* (1.26) con la que Dios me había creado. Hay un *antes* y un *después*. *Antes* fue mi estado de armonía perfecta y entendimiento con el creador, lo que la Biblia llama obediencia a Dios. *Después* se refiere simplemente a mi estado de desarmonía o desobediencia a mi creador.

Para decirlo, como un autor lo dijo, en términos ecológicos, el *antes* era cuando yo usaba la creación, el *después* empezó cuando abusé de ella.

¿Cómo ocurrió en mí este cambio de estado? ¿Por qué me encuentro frente a Dios en una manera distinta a aquella con la que él me creó?

En realidad les estoy hablando de la tragedia más grande que pudo haber sucedido en toda la historia humana. Se trata del origen de todos mis males y de los de todos mis hijos, de todos mis descendientes, en realidad de toda la humanidad.

Permítanme explicarles mi gran tragedia, la tragedia humana que se conoce como “la caída.” Ya les he contado que Dios me dio un trabajo para desempeñar en la creación. Pero él también me dio instrucciones muy claras. En el jardín del Edén, así se nombra al lugar en donde Dios me colocó (2.8,15), a la vez que me instruyó comer de los frutos y las semillas de los árboles de aquel lugar, también me ordenó: *del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás*. Esta orden estuvo acompañada de una explicación que pronunció enseguida, *porque el día que de él comas, ciertamente morirás* (2.17).

Cuando Eva fue creada yo le hice saber esta orden divina, y ella la comprendió y obedeció. No estoy seguro cuánto tiempo pasó, pero un día el animal más astuto de la creación, la serpiente, utilizó su astucia frente a Eva haciéndole una pregunta cargada de tal sutileza y tentación, apelando a la curiosidad, que resultó fatal. Las palabras de la venenosa pregunta fueron: *¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de ningún árbol del huerto?”* (3.1b). Otra manera de hacer esta pregunta dándole un giro desafiante sería: *“¿Es verdad que Dios os ha dicho que del fruto de un árbol no podrán comer?”* Eva, fiel a las instrucciones de Dios, contestó afirmativamente y aún le indicó a la serpiente la ubicación del árbol prohibido *en medio del huerto* (3.3) y le repitió la advertencia sobre la muerte. Para la serpiente, la cual por cierto, (como dice la nota “a” en la página 26 de la Biblia Versión Reina-Valera 1995) “más tarde fue identificada con el diablo,” esa respuesta, ese indicio de un diálogo la motivó para volcarse a completar la seducción de Eva. Inmediatamente le hizo un comentario que en esencia contradecía lo dicho por Dios e insinuó otra vez con melodiosa tentación: *No moriréis... Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal* (3.4). La insistente tentación resultó ser muy poderosa y apetecible a la vez, pues la oferta se presentó como si en verdad ofreciera una atractiva y desconocida satisfacción para alcanzar la sabiduría. En esto consistió el astuto engaño de la serpiente. Eva fue tentada, y ansiosa de alcanzar un nuevo conocimiento, comió de la fruta prohibida. Después me convidó a hacer lo mismo y yo la seguí en su experiencia egoísta. En realidad, con este acto, Eva y yo nos colocamos primero frente a Dios. La relación perfecta que tuvimos con él la hicimos a un lado. En eso consistió

nuestra desobediencia, en desplazar a Dios y buscar nuestra satisfacción egoísta.

El resultado inmediato de nuestra desobediencia fue que de pronto nos vimos uno al otro distintos. La diferencia de nuestros cuerpos nos movió a cubrirnos con hojas. Nuestra inocencia desapareció dando paso a nuestra desnudez, y nuestra vergüenza se hizo una realidad.

En esto consistió nuestra primera experiencia en saber la diferencia entre el bien y el mal. Recién nos encontrábamos recuperando de eso cuando Dios nos llamó. Su llamado nos recordó que habíamos sido completamente engañados. Y su clara advertencia trabajaba en nuestras conciencias acusándonos. El saber la diferencia entre el bien y el mal no nos había convertido en dioses como arguyó la serpiente. Al contrario, aún nos encontrábamos sujetos a Dios. Él era todavía indiscutiblemente superior a nosotros y a la más inteligente y astuta de las serpientes. Aún unidos seríamos incapaces de hacer frente a Dios. Inmediatamente tratamos inútilmente de huir. Nos apenó, a Eva y a mí, acudir ante a él cuando me llamó y nos escondimos entre los árboles. Finalmente ya no hubo espacio para escondernos y tuve que contestar a Dios. Las primeras palabras que pronuncié me delataron al instante. Dios supo de nuestra condición nueva. Sus palabras me martillaron en mis oídos y en mi mente terminándome de acusar: *¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?* (3.11).

Ahora me doy cuenta que en mi respuesta, fue tan fácil como inútil echarle la culpa a Eva, porque ella fue engañada primero (1 Timoteo 2.14), pero la realidad es que ambos fuimos culpables de desobedecer a Dios. Después en las averiguaciones e intentos de justificarse, Eva declaró que la serpiente la tentó y engañó (3.13).

Como consecuencia, tanto la serpiente como nosotros recibimos un castigo de Dios. Y esta tragedia humana llegó a ser una parte cotidiana de la vida. De ahí en adelante mi relación con Dios cambiaría radicalmente. Y no sólo eso, sino que mi manera de vivir y aún mi medio ambiente terrenal también fue cambiado. Ahora yo empezaría a sufrir simplemente para sostener mi vida. Mi trabajo ya no sería un completo deleite como en el Edén, sino con esfuerzos y dificultades, y Dios me dijo que mis días tendrían un fin. La muerte se hizo una realidad. Pero a la vez —y aquí hay un gran contraste que debe acentuarse debidamente— mi creador dejó entrever una restitución a mi malograda nueva relación frente a él. Cuando sentenció su castigo, Dios introdujo una promesa que arrojó luz y gran esperanza. Le dijo a la serpiente: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza...* (3.15).

Mis días posteriores a la sentencia divina los viví al lado de mi compañera Eva fuera del Edén tratando de arrancar de las entrañas de la tierra mi sustento. Aún cuando el creador nos castigó y terminó arrojándonos del Edén, no se desentendió de nosotros completamente, pues seguíamos siendo sus criaturas y objetos de su amor. Nos bendijo concediéndonos hijos e hijas en mis 930 años de vida (5.4-5). Y en medio de las bendiciones de Dios en nuestras vidas, la relación con él fue diferente, si la comparamos con aquella que disfrutamos con él en el Edén. Prueba de esto es que mis hijos nacieron trayendo consigo la condición diferente, corrupta, y heredaron de nosotros la tendencia a desobedecer a Dios, tendencia que iniciamos Eva y yo cuando caímos en la tentación.

Quiero terminar de contarles mi historia haciendo breve mención sobre lo que los libros del Nuevo Testamento dicen de mí. El evangelio de Lucas (3.38) dice, cuando traza su genealogía, que yo soy hijo de Dios, refiriéndose a que él me formó y me concedió la vida. El apóstol Pablo es quien hace más referencias a mí en sus epístolas. Dice que yo tengo prioridad como hombre (1 Timoteo 2.13) frente a la mujer, y me contrasta notablemente con el Señor Jesús. Pablo se refiere a mi nombre asociándolo a las cosas meramente terrenales (1 Corintios 15.47-48) y a lo que esto implica, como por ejemplo la muerte que por mí transgresión o desobediencia se presentó en el mundo (Romanos 5.14; 1 Corintios 15.21). Además declara que todos los hombres nacidos de carne y hueso mueren como yo (1 Corintios 15.22). Como se puede notar, Pablo relaciona repetidamente mi nombre con la muerte, algo nada agradable por cierto para mí tampoco.

Pero no quiero terminar mi presentación con un acento fúnebre, sino vivificante. Dios me dio la vida. Yo fui también, en unión con Eva, a quien Dios usó para generar vida, para multiplicar ésta, y así poblar la tierra. En nuestra descendencia Dios continuó ejecutando su plan. Había un futuro resplandeciente. Al paso de los años, pasadas muchas generaciones, de nuestra descendencia nació el Salvador de la raza humana: el Señor Jesucristo. Esto es hablar de vida, la vida que solo Dios crea. En el plan de Dios, él me permitió desempeñar el papel de progenitor de la raza humana a la que por cierto Dios ama por ser creación suya.

Ahora, quiero dejar paso a que se presenten mis únicos tres hijos que la Biblia menciona por nombre. Dios me los concedió una vez que estuvimos Eva y yo fuera del Edén.

## **Segunda Parte**

Caín, Abel y Set

**Abel:** Caín, tú eres mi hermano mayor. Tú y yo crecimos al lado de nuestros padres, Adán y Eva. ¿Recuerdas que ellos nos enseñaron desde pequeños que nosotros somos criaturas de Dios, que él nos dio la vida? Yo me acuerdo que una de las cosas más sobresalientes que nos enseñaron fue adorar a Dios reconociéndole como nuestro creador.

**Caín:** Sí, tengo que admitir que lo que dices, Abel, es verdad. Cuando tú y yo crecimos nos dedicamos a ganarnos la vida desempeñando distintos oficios. Tengo que decir que para cuando nos convertimos en hombres ya había en el mundo otras personas a quienes Dios también había creado y dado la vida. Lo que la Biblia hace es narrar de aquí en adelante la historia de nuestra familia y de nuestros descendientes, aunque toma en cuenta a las otras criaturas humanas.

**Abel:** Sí. Yo me convertí en pastor de ovejas. Desde pequeño me gustaron los animales, especialmente las ovejas.

**Caín:** En cambio yo me incliné a ser labrador de la tierra. Me entretuve haciéndola producir distintas cosechas. Me cansaba mucho haciendo mi trabajo.

**Abel:** Yo también. Para lograr mantener mis ovejas satisfechas, tuve que caminar largas horas cuidándolas. En mis largas caminatas, muchas veces yo y mi animales nos vimos en peligro.

**Caín:** Un día, por una simple coincidencia, tú y yo adoramos a Dios. Cada uno le ofreció una

ofrenda. Como ofrenda dimos el producto de nuestro trabajo. No tuvimos la intención de realizar una competencia entre nosotros viendo quién lo haría mejor y en menos tiempo. Para ofrecer mi ofrenda a Dios yo sólo tomé unos frutos.

**Abel:** Yo, en cambio, escogí las primeras crías de mis ovejas y las sacrificué a Dios.

**Caín:** Yo me di cuenta que aparentemente, pero también inexplicablemente, Dios había considerado la ofrenda y la actitud tuya, Abel, mejor que la mía. Esto me irritó sobremanera. Tal era mi irritación que ésta evidentemente se dejó ver en mi semblante y actitud. Dios me habló, y en sus palabras me hizo ver que con mi comportamiento me exponía exageradamente a la tentación y a la abierta rebeldía contra él. Ahora me doy cuenta que esto es precisamente el trabajo del enemigo de nuestras almas. En mí, tengo que admitir, trabajó a la perfección.

**Abel:** Yo por mi parte ni cuenta me di de lo que estaba pasando a mi alrededor.

**Caín:** No tardé en maquinando pensamientos que nadie antes había tenido. Resulté con un plan para deshacerme de ti, Abel; tú que ni siquiera me habías hecho alguna afrenta. Un sentimiento nuevo me invadió. Te odié a muerte porque neciamente pensé que Dios tendría que dividir su atención entre los dos. Pensé lo siguiente: “Si Abel desapareciera, yo me quedaría sólo con toda la atención de Dios.” Así maquiné tu muerte, plan que llevé a cabo inmediatamente.

**Abel:** Ni siquiera me imaginé que tú, mi propio hermano, estuvieras pensando tan macabro plan.

**Caín:** Tengo que decirte que esa actitud y odio me llenó de tal ira que caí inexorablemente en las garras del diablo. Un día te invité a que fuéramos juntos al campo. ¿Te acuerdas? Yo sabía que aceptarías porque sería como volver a revivir uno de los muchos días felices de nuestra niñez. Mientras estábamos en el campo disfrutando del paisaje, yo esperé a que pasara un rato para realizar mi plan. Cuando te encontrabas contento y descuidado, me acerqué a ti pretendiendo estar también muy contento, y aprovechando tu descuido te sorprendí dándote un certero golpe, o varios —no lo recuerdo bien— en la cabeza. Caíste pesadamente al suelo. Quedaste inconsciente, y jamás te recuperaste. De la herida de tu cabeza salió abundante sangre. Procedí a alejarme a una distancia prudente de la escena. Sabía que terminarías desangrándote y perderías la vida. Más tarde volví a la escena para confirmar tu muerte, Abel, y esconder tu cadáver. Ejecuté exitosamente mi plan con todas las agravantes de un homicidio. Incluso llegué a pensar que Dios no se daría cuenta de lo que había hecho.

**Abel:** Yo en cambio, como tú dices, ya no volví en mí. La Biblia dice que mi sangre fue derramada y absorbida en la tierra.

**Caín:** Mi plan para ocultar este crimen resultó en vano. Como resultado, Dios me sentenció a vagar por el mundo sin oportunidad de volver a ver a mis padres, y la tierra se volvió más inhóspita. Mi vida se tornó más difícil. Tuve miedo que algunos de los otros seres humanos me fueran a asesinar siguiendo el ejemplo de violencia que yo establecí. Pero Dios diseñó la manera de que nadie me hiciera daño. Yo, por mi parte, me vi en la necesidad de rehacer mi vida. A pesar de mi triste historia, que refleja una rebeldía natural contra Dios después de la desobediencia de mi papá Adán y mi mamá Eva, Dios me protegió y continuó dando vida así

como lo había establecido. Me proveyó una esposa y a Enoc, mi hijo. La vida continuó, y Enoc, al hacerse hombre, siguió llevando por un lado la vida que provino originalmente de Dios, y el pecado contra Dios y el prójimo por el otro lado.

**Abel:** Quiero decirles que Dios consoló a mis padres cuando supieron que yo estaba muerto. Pasado algún tiempo, les concedió otro hijo, mi hermano Set. Así que Caín, Set y yo somos los únicos a los que la Biblia identifica con nombres propios de los muchos hijos e hijas que Dios concedió a mis padres en los muchos años que les permitió vivir. Nos contaron muchas veces lo que les pasó en el Edén. Nos enseñaron muchas cosas de Dios y su gran amor hacia sus criaturas. Nos ordenaron reconocer que somos hechura de Dios y que nuestras vidas le pertenecen. Nos enseñaron también a rendirle adoración a nuestro creador. Y la vida sobre la tierra continuó y ha continuado hasta hoy gracias a que Dios sigue ejecutando su sabio plan. En este plan se incluye la manera que él ha provisto la restitución de la perfección humana y la comunión con él a través de su Hijo. Este es un tema que la Biblia va elaborando más detalladamente poco a poco, y que ustedes podrán disfrutar en la medida en que avancen en sus estudios. Dios quiera concederles aliento y genuino interés en seguir aprendiendo sobre él.